

horrible tempestad que desoló casi toda la Francia, desde el día en que se verificó su muerte. Pero juzgan de él con mucho mas acierto los que le atribuyen una alma orgullosa, preocupada con los intereses de su casa, los cuales confundia con los de la Iglesia. Sin duda alguna era amante de las ciencias, y de los que se distinguian en ellas, como lo manifestó hasta el fin de su carrera, fundando, un año antes de su muerte, la universidad de Lorena, y poniéndola á cargo de los jesuitas. Habia fundado tambien la de Rems. Fue acometido de la enfermedad que acabó con él, estando en una procesion de penitentes, establecida en Francia por el Rey, á egemplo de las que habia visto al pasar por Aviñon cuando volvia de Polonia.

15. La singularidad del espectáculo era muy análoga al gusto de aquel Príncipe. Llevaban los penitentes encima de su vestido ordinario una especie de saco, ajustado al cuerpo por la cintura con una cuerda, de la que colgaba un rosario con cuentas gordas, con calaveras y unas disciplinas; y tenian en la cabeza una capucha que les cubria toda la cara, menos los ojos, pues en el parage correspondiente á ellos se habian hecho dos agujeros para dejar la vista libre. Habia penitentes blancos, negros, azules y verdes, llamados así por el color de los sacos. El Rey era gefe de los blancos, y el cardenal de Lorena de los azules. Todos los grandes, sin exceptuar al Rey de Navarra, aunque no era muy acomodado para este género de devociones, se apresuraban á tomar parte

en ellas por complacer al Monarca. Otro atractivo tenian estos disfraces para los jóvenes, que solo trataban de deleites y de lances amorosos en aquella corte libertina.

16. Mientras los franceses católicos deshonoraban su fe con estas extravagancias y desórdenes, los sectarios, que triunfaban con este motivo, recibieron una humillacion sensible de los griegos, á quienes querian atraer al partido herético por medio del cisma y de sus antiguas preocupaciones contra la iglesia latina. Enviaron á Jeremías, patriarca de Constantinopla, la confesion de Augsburgo, acompañada de un prólogo, en que procuraban probar que ellos conservaban la fe de los siete primeros siglos (1). Jeremías, que tenia un juicio recto y bastante erudición, les respondió que solo honraban con palabras á los doctores de la primitiva Iglesia, que en la sustancia les eran diametralmente contrarios; que muchas veces no habian podido ocultar con el silencio el desprecio que hacian de los padres mas venerables; en una palabra, que eran unos novadores presuntuosos, que se preciaban de saber mas que la antigua y nueva Roma. Como, á pesar de un desaire tan á propósito para confundirlos, volviesen á renovar su ataque, publicó, con el título de *Censura de la iglesia oriental*, una obra muy concluyente contra la mayor parte de los artículos de la confesion de Augsburgo. He aquí como la termina con una recapitulacion, que contiene toda su sustancia. „Supuesto que solo recibís (les

(1) *Turco Græc. l. 2.*

en el día de San Martín, y había dado ocasion á las diversiones profanas de esta fiesta. No contento con abolir los banquetes y los juegos indignos de un tiempo tan santo, logró que no solo sus familiares, sino tambien el mayor número de sus diocesanos, observasen la abstinencia total de carne, y ayunasen tres dias cada semana. Asimismo consiguió que las mugeres se presentasen en la iglesia con velo en la cabeza, segun el precepto antiguo de San Pablo. Las costumbres del país, que al parecer hacian allí la reforma mucho mas necesaria que en otras partes, facilitaron igualmente su egecucion.

No obstante, experimentó San Cárlos las contradicciones mas sensibles y una verdadera persecucion por un punto de reforma, cuya necesidad era mucho mayor que la del velo. Se acostumbraba entonces en Milán, del mismo modo que ahora, segun el rito ambrosiano, no principiarse la cuaresma hasta el primer domingo. No contentos los milaneses con semejante indulgencia, empleaban este domingo, por un abuso inexcusable segun sus propios principios, en espectáculos y en todo género de desórdenes, de manera, que no principiaba la cuaresma hasta el primer lunes. Proscribió el arzobispo, é hizo proscribir legalmente este abuso; y despues publicó una exhortacion pastoral y un decreto en forma, con imposicion de censuras, contra los espectáculos que se estaban ya preparando para el primer día de la cuaresma próxima. Obedeció el pueblo á su santo prelado, y fueron muy pocas las personas que se dejaron ver en el

espectáculo; pero enfurecido el gobernador con una providencia que le parecia injuriosa á su autoridad, é irritado muy de antemano por la firmeza del arzobispo en mantener la jurisdiccion eclesiástica en sus posesiones legítimas, le suscitó en España, y aun en la curia romana unas dificultades y tropiezos, que fueron quizá los mayores que experimentó en toda su vida. Quería el Señor que fuese en aumento la perfeccion y la gloria de su siervo. Su virtud salió mas pura y brillante de la nube con que habían pretendido obscurecerla; y siendo en lo sucesivo igualmente recomendable para con las dos potestades, gozó de aquella autoridad en cuya defensa se interesaba, solo porque triunfase la de Jesucristo.

Antes de esta borrasca no había podido menos el gobernador de Milán de admirar en el arzobispo un heroísmo, de que él mismo no se juzgó capaz, sin embargo de ser gefe de la fuerza armada. El concurso de los peregrinos que con motivo del jubileo asistieron á Roma desde todas las partes del mundo, ocasionó en aquella ciudad una peste cruel, que no tardó en cundir por toda Italia, é hizo los mayores estragos en Milán. El gobernador y los principales señores abandonaron esta capital desolada, mientras el santo cardenal, que había ido á asistir al obispo de Lodi en su última enfermedad, volvía volando á socorrer á su pueblo, luego que tuvo noticia del azote que le afligia. Al momento se vió rodeado de un tropel innumerable que pedia misericordia é imploraba su asistencia, como pudieran hacer unos hijos con su

propio padre. Los dependientes de su casa, sus amigos, y una multitud de personas sábias y virtuosas le salieron al encuentro, especialmente cuando supieron que estaba resuelto á asistir por sí mismo á los apestados, y le aconsejaron que se retirase á un parage sano, desde donde pudiese dar sus órdenes para el cuidado de los enfermos, haciéndole presente que era deudor de su persona á toda la diócesi, de la cual no era mas que una parte la ciudad de Milán, y que en su conservacion interesaba toda la Iglesia, mucho mas que en la de otros obispos, por cuyo medio no habia manifestado Dios querer egecutar tan grandes cosas. Cárlos, que amaba entrañablemente á sus ovejas, y no podia aprobar estas máximas, citó el egeemplo de los santos obispos de todos los siglos, que en iguales circunstancias no se habian detenido en esponer su vida por su rebaño. Y habiéndole respondido que aquella era una obra de perfeccion y no de obligacion. „¿Es una obra de perfeccion (replicó)? Pues para mí es ya una obra de obligacion, porque el episcopado es un estado perfecto, y yo soy obispo.”

Hizo desde luego su testamento, dejando á sus herederos lo que les correspondia segun las leyes, señaló varios legados á sus familiares y á muchas iglesias, é instituyó por su legatario universal al hospital general de la ciudad. Redobló sus austeridades y maceraciones, sin embargo de que ya eran asombrosas, prolongó sus oraciones y vigiliass, ayunó rigurosamente todos los dias, no tenia mas cama que unas tablas desnudas, ni se abrigaba con otra cosa que con

una mala manta. Se consideraba como una víctima cargada con todas las iniquidades de su pueblo, y obligada á sacrificarse por él, á egeemplo del Salvador de los hombres. Envió á la casa de la moneda toda su vagilla para reducirla á dinero y distribuirle entre los infelices. Se vendieron todos sus muebles, ó se destinaron para los enfermos. Las tapicerías buenas ó malas, las alfombras, mamparas, cortinages de cama, ropa blanca, y hasta sus mismos vestidos, todo quiso que se aprovechase para vestir á los pobres y á los enfermos. Una caridad tan maravillosa, pero muy insuficiente todavía atendiendo al gran número de necesitados, fue por otra parte tan eficaz, con motivo de la emulacion que escitó aun en las provincias y estados estrangeros, que se pudo atender con abundancia al socorro de las necesidades pecuniarias. Las mugeres enviaban los diamantes y todas las alhajas que tenian, para que se invirtiesen en hacer limosnas.

No sucedió así con la asistencia personal. Era tan cruel la epidemia y tan grande el terror, que estuvo algun tiempo el santo prelado sin encontrar gente que tuviese valor para asistir á los apestados, ni sacerdotes para administrarles los sacramentos. Olvidándose los mismos párrocos de que estaban obligados á ello por razon de su estado, huían sin atender á otra cosa que al temor de que estaban poseidos. Pero el egeemplo del intrépido pastor no tardó en hacer para beneficio de las almas y de los cuerpos, lo que habia hecho ya para socorro de la indigencia. Visitó á los enfermos en sus camas y aun en el lazareto de

los leprosos, llamado de San Gregorio, donde estaban encerrados aquellos infelices, y suplicaban por las ventanas, en términos que quebraban el corazón, que les asistiesen por lo menos en las necesidades espirituales. Algunos eclesiásticos generosos que acudieron, principalmente de los valles suizos de la diócesis, sin otra obligación que la de la caridad que los animaba, y varios religiosos egemplares, fueron á ponerse en manos del santo arzobispo, para que los aplicase á todos los misterios y peligros que tuviese por conveniente. Llegó á tal punto el celo de éstos últimos, que sus superiores se creyeron obligados á contenerle; pero el arzobispo hizo que le autorizase el Sumo Pontífice contra aquella prudencia intempestiva. Avergonzados por fin de su fuga los párrocos, volvieron á presentarse y mostraron la mayor intrepidez.

Los familiares del santo prelado, que al principio manifestaron tanto temor de perder la vida, ó de que la perdiese su obispo, que se habian puesto de acuerdo para no acompañarle, á lo menos con el objeto de reducirle á no esponer su propia persona; aquellas almas comunes, se revistieron de unos sentimientos tan generosos, que solicitaron como un favor el permiso de participar con él de los mayores peligros. Por medio de ellos, y con la concurrencia de muchos seglares, que fueron tambien á ofrecer sus servicios, no tardaron los cuerpos en recibir los socorros mas urgentes; y habiendo quedado sin asilo y sin subsistencia una infinidad de criados abandonados por los

ciudadanos fugitivos, se pudo elegir entre aquella multitud desesperada, no solo para la guarda y asistencia de los enfermos, sino tambien para desembarazarse de los cadáveres, que de treinta en treinta y de cincuenta en cincuenta estaban amontonados en algunas calles; para purificar las casas, y para trabajar en el aseo y salubridad de la población. Era tan considerable el número de estos mercenarios vagabundos, que, despues de haberlos empleado en tan diversos oficios, quedaron todavía de trescientos á cuatrocientos, á los cuales colocó el Santo en una casa algo distante de la ciudad, y halló arbitrios para mantenerlos en ella. Infiérese de aquí cuán necesaria es la presencia ó el régimen inmediato del primer pastor. Si se hubiera retirado el arzobispo, como se lo aconsejaban sus tímidos moralistas, ¿hubiera hecho con las órdenes mas acertadas la mitad del bien que hizo con su vigilancia, con su actividad personal y con su caridad, escitada continuamente por las necesidades que tenia á la vista? ¿Y qué no hizo su solo egemplo y la elocuencia muda del egemplo, á la que nadie se resiste, ni puede suplirse con ninguna otra cosa?

Continuando todavía la enfermedad, y aumentándose hasta que el número de las víctimas fuese proporcionado á las iniquidades que escitaban la ira del Señor, ó que se hubiese manifestado claramente la caridad de su siervo, tuvo el Santo la inspiracion de desarmarle con un acto de penitencia, cuya memoria se conserva todavía en Milán como si acabase de

dice) los sacramentos que os agrada, con los errores que se os antoja mezclar en ellos, despreciando la serie de la tradicion y el depósito sagrado de las Escrituras canónicas, que truncais y violentais con osadía; supuesto que os atreveis á decir, que cuando el divino Crisóstomo aprobó el santo crisma, se dejó llevar del torrente de la ignorancia; supuesto que sosteneis, siguiendo á los judíos y á los iconoclastas, que la invocacion de los Santos y el culto de sus reliquias é imágenes son idolatrías ó necedades; supuesto que destruis la vida monástica, que es una imitacion de la de los ángeles, y la confesion de los pecados, que es tan antigua como la Iglesia, os declaramos que no queremos recibir de unos teólogos como vosotros la interpretacion de los textos sagrados que contienen estas verdades; y que os ciega un loco orgullo que os mueve á preferir sus producciones á las luces mas claras de la santa antigüedad. Dejad, pues, de cansaros en componer cartas y en enviarnos vuestros escritos, porque nunca lograreis comunicarnos el desprecio que haceis de los santos padres, al mismo tiempo que fingís honrarlos, ni inutilizar en nuestras manos los preciosos frutos de sus trabajos, con los cuales quedan destruidos vuestros errores.”

No se ofende impunemente á la soberbia y vengativa heregia. De nada sirvió contra sus maniobras el que habitase Jeremías en el otro extremo de Europa, entre unos pueblos tan indiferentes como los turcos en orden á las disensiones de los cristianos,

relativas á la religion. Hizo tales esfuerzos la secta, que franqueó las barreras del serrallo, interesó á los eunucos y á todos los cabalistas tenebrosos, y logró que fuese depuesto el patriarca. Restablecido despues, le depusieron segunda vez, y le enviaron á un destierro, desde donde pensó llevarle á Roma el Papa Gregorio XIII, cuyo calendario habia adoptado, y hacerle cardenal. En muchas ocasiones se habia mostrado favorable á la reunion de su iglesia con la latina.

17. Mejor éxito tuvieron en el electorado de Colonia los apóstoles de la heregia. Habiendo sido electo arzobispo de aquella metrópoli, Salentino de Isemburgo, que era canónigo de su iglesia, se enamoró perdidamente de una hija del Principe de Ligne (1). Dejó esta silla y la de Paderborna, que poseia tambien sin ser sacerdote, por satisfacer su inclinacion y casarse con el objeto de sus deseos. Habia en esto una ridiculéz bastantemente comun en el clero de Alemania, donde se veían muchas personas condecoradas con los títulos de obispos y arzobispos sin haber recibido las órdenes sagradas. Pero aun habia sido mas desgraciada la iglesia de Colonia, cuyo arzobispo Hermán incurrió en la heregia por ignorancia, y en el concubinato por la heregia.

Habiendo sucedido á Salentino Gebhar Truchses, de la ilustre casa de Valburgo, en la Suabia, apenas habia ocupado la silla arzobispal, cuando tuvo la extravagancia de enamorarse de Inés de Mansfeld, religiosa del monasterio de Gerisheim (1). Sin considerar

(1) *Thou*, l. 66. (2) *Id.* 78.

los respetos debidos á la Religion, á su estado y á su honor personal, se casó con aquella adúltera esposa de Jesucristo, y profesó la doctrina que legitimaba su matrimonio. Un delito de esta naturaleza, precipita por lo comun en otros muchos. Para dar estabilidad á su matrimonio infame y conciliarle la aprobacion pública, quiso alterar las ideas de su pueblo, y hacer que recibiese la confesion de Augsburgo. Se opusieron á ello con todas sus fuerzas los católicos, y fueron protegidos por el senado, el cual obligó á una multitud de hereges estrangeros, establecidos poco antes en Colonia y favorables á los designios del arzobispo, á que saliesen de la ciudad en el término de tres meses. Habiendo hecho Truchsés algunas tentativas inútiles con el Emperador y con la dieta del imperio, tomó el partido de recurrir á la violencia declarada, levantó tropas, tomó por sorpresa algunas ciudades, desoló los campos, saqueó los conventos, formó almacenes considerables, y pagó tropas de algunos estados protestantes de aquellas inmediaciones. El electorado armó tambien contra el elector, á fin de repeler la fuerza con la fuerza. En poco tiempo experimentó aquella diócesi todos los desórdenes y excesos que un falso celo de religion es capaz de añadir á los horrores de las guerras intestinas. Además de otros muchos desastres, fueron quemadas y enteramente destruidas las famosas abadías de Tuitz y Aldemberga.

En esta situacion se convocó una asamblea general de los estados del país, á fin de remediar sin

tardanza un mal tan urgente. Asistieron á ella los diputados de las ciudades, y gran número de condes, barones y señores, con los embajadores del Emperador, del Rey de España y de muchos Príncipes del imperio. Se declaró, que el arzobispo apóstata, seductor y perturbador público, habia perdido todo derecho á la obediencia de sus pueblos y á la fidelidad que le habian prometido, fundándose para esto en un artículo de la pacificacion de Augsburgo, en que se decia, que si algun obispo, prelado ó cualquiera otro eclesiástico que hubiese recibido las órdenes sagradas, abandonaba la religion antigua, perdia todo derecho á su dignidad, y podria elegirse otro en lugar de él. Despues de haber intentado el Sumo Pontífice, aunque inútilmente, por medio de sus legados, reducir á la penitencia al apóstata impúdico, pronunció su deposicion en consistorio pleno. Se empeñó el Emperador en sostener este decreto á pesar de las instancias y amenazas encubiertas de los Príncipes protestantes. Se eligió en lugar de Truchsés al Príncipe Ernesto de Baviera, obispo de Lieja, Frisinga é Hildesheim, en quien concurría la circunstancia de ser descendiente de la casa de Austria por línea materna. En atencion á sus riquezas y á su poder, se creyó que era el mas á propósito entre todos los pretendientes, para ocupar aquella silla tempestuosa. Efectivamente, se conservó en ella, y el arzobispo casado se vió reducido á refugiarse con su muger en un parage distante, donde estando siempre con el objeto de su pasion y de su oprobio, tuvo tiempo

para experimentar, que á su primera embriaguéz habian sucedido los remordimientos y el disgusto.

18. Aunque los estados generales de la Bélgica padecian tanto como cualquiera otro país con motivo de los disturbios y devastaciones que llevaba consigo la heregia (1); no obstante, atendiendo á la instruccion, ó por mejor decir, á la depravacion de la juventud, establecieron entonces una universidad en Leiden, la dotaron copiosamente con los bienes robados á la Iglesia, y dispusieron que solo se admitiesen en ella catedráticos protestantes. Queriendo competir aquellos novadores sediciosos con su propio Soberano, tuvieron por principal objeto oponer esta universidad á la de Douai, fundada doce años antes por Felipe II.

19. El jubileo universal del año 1575 movió á tantos fieles á visitar los sepulcros de los santos apóstoles, que se observó como cosa singular que todos los escándalos de aquellos tiempos calamitosos no habian sido capaces de entibiar en el corazon de los verdaderos fieles los sentimientos de respeto para con la Silla apostólica. Concurrieron muchas personas de la mayor distincion, y entre otras, el gran duque de Toscana, el Príncipe de Parma y el de Cleves, que murió de edad de veinte años, al llegar al término de su piadoso viage. Fue tan grande la multitud de los peregrinos vulgares, que solo en el hospital de la Trinidad se alojaron de siete á ocho mil en un dia.

(1) *Thou*, l. 60.—*Spond. ad ann. 1575.*

El Papa y los cardenales se distinguieron como á porfia en la abundancia de sus limosnas. Concurrió tambien á este jubileo el santo arzobispo de Milán, á quien habia convidado el Papa para que hiciese la ceremonia de la apertura, y escitase la piedad general, aun mas con la presencia de un modelo tan perfecto que con la uncion de su elocuencia.

20. Adelantando Carlos de dia en dia en la carrera de las virtudes, y no olvidándose de ninguna de las cargas inmensas de la dignidad pastoral, acababa de fundar en Milán el seminario de nobles, á fin de proporcionar á estos ciudadanos de primer orden una educacion que promoviese y acreditase la virtud entre los demás (1). Estaba tan prendado de este establecimiento, que aunque habia puesto su direccion á cargo de personas de un mérito bien conocido, visitaba frecuentemente á aquella multitud de jóvenes, que era la flor de veinte naciones, y queria asegurarse por sus propios ojos de los progresos que hacia en la piedad y en las ciencias. Era muy comun ver á este ilustre cardenal, movido del mismo celo que habia manifestado en otro tiempo para dirigir el concilio ecuménico, instruir á un niño en el modo de fijar los primeros afectos de su corazon en el Autor de su sér, de hacer oracion con fruto, de examinar la conciencia, y de desempeñar con pureza de intencion todos sus egercicios diarios. Restauró tambien la disciplina que observaba la Iglesia primitiva en el santo tiempo de adviento, el cual empezaba antiguamente

(1) *Guissan*, l. 3. y 4.